

RELATO GANADOR DEL XVII CONCURSO LITERARIO S.M.VALDEIGLESIAS  
PREMIO ESPECIAL 575 ANIVERSARIO

**A VUESTRA ILUSTRÍSSIMA MERCED.**

Si Vuestra Merced supiera cuántos caminos han fatigado los pies de este cristiano a lo largo de su vida, cuántos fríos y cuántos soles abrasadores han castigado sus espaldas, cuántas voces han hablado a través de su boca, y cuántas vidas propias o ajenas ha vivido, no se extrañaría de encontrarle ahora, al final de su vida, deseoso sólo de un lecho en que tener algún descanso y un poco de pan y agua con que calmar su hambre y sed.

Éste, que el presente escrito dirige a Vuestra Merced, tiene hoy la cabeza cana, la fortaleza escasa, el pulso vacilante, los andares lentos, mas la memoria aún viva y el entendimiento despierto.

Y porque mejor entienda la súplica de su protección y asilo en el Hospital de Pobres que, en su infinita generosidad Vuestra Merced sostiene, y sabedor del gusto que por las artes todas tiene Vuestra Merced, y en especial por el arte de Talía, aquí procurará de dar cumplida cuenta de aquellos hechos de su vida que resultaren más señalados y que le llevaron a dedicarse a la máscara, a la farsa, al drama y a la comedia.

Nací, Ilustre Señor, en esta misma comarca, en el pueblo que llaman de San Martín del Val de las Iglesias, hijo de gentes humildísimas, labradores del señorío de don Álvaro de Luna. Tuviéronme como único hijo y en la pila bautismal pusieronme el nombre de Andrés y por apellido Tejada, que tal fuera el de mi padre.

No sabían mis padres sino de cuándo cosechar la cebada, de cómo abrir las acequias, de cómo tratar al ganado o ayudar a parir a una vaca. Nunca hubo en sus manos papel escrito alguno, ni hubieran sabido qué hacer de él. Pero una gracia tenía mi madre y a ella debo mucho de lo en mi vida pasado y era ésta que tenía una muy hermosa voz y una rara habilidad para cantar romances, coplas, letrillas y aquello que le viniera a las mientes. Y hacía esto a maravilla y era de todos muy alabada. Y no había sarao, ni fiesta, ya fueran las del Santo, o de la vendimia, o las bodas de algún vecino, donde no le rogasen que cantase algo. Ella, que tenía muy buena disposición, nunca se negaba a ello y hacía lo con mucha desenvoltura y con ello a todos alegraba.

Más, aquella gracia que para cantar tuviera mi madre y aquel pronto alegre y animoso con que solía hacerlo, no contentaba a mi padre, hombre honesto, pero algo rudo y de no muy gran entendimiento y no faltaban a veces palabras mayores entrambos, que si mi padre alzaba su voz y a veces también su mano, mi madre no se quedaba atrás y si para el canto era animosa, no lo era menos para la disputa y así alzábase entre ellos, a veces, tal batalla que, de no acudir los vecinos a poner remedio, no sé cómo aquello acabara.



Crecemos  
contigo



Y si cuento esto a Vuestra Merced es para que sepan que, siendo yo sólo un mancebico, escuché muchas coplas de las que cantara mi madre y nació en mí el deseo de imitar su arte, que a lo que pareció a todos, la Providencia me había dotado de una destreza pareja a la de ella, que por algo dicen “de tal palo tal astilla”. Y así, desde edad muy temprana comencé yo a cantar letrillas, villancicos y coplas y hasta cantos en latín que oyera en la Misa, aunque no supiera qué significaban. Y así, llegué a la edad de seis años. Sucedió entonces cosa que me es preciso contar por mas que me pueda resultar enojoso y fue esto, que pasó por la villa una compañía de cómicos de estos que comúnmente se llaman de la legua y que se asientan fuera de los poblados y pasan no mas de un día, y que montan su retablo en la plaza, o cabe la iglesia y que con cuatro mojigangas y un sainete entretienen a las gentes a cambio de lo que éstas tengan a bien dar. Y juntose mucha gente para verles y mi madre que hacia este tipo de cosas sentía una muy grande inclinación, desde supo de la llegada de los cómicos, dejó las ovejas en su aprisco y tomándome de la mano me llevó corriendo a la plaza.

Y comenzaba allí la representación sobre un pequeño tabladillo que entre dos carros y se había formado. Hízose el silencio y dos hombres y una muchacha algo regordeta cantaron una Loa, acompañándose de un rabelillo, con que se entendía ya la representación empezada.

Era una égloga en que dos pastores tenían diversas cuitas de amor, y en medio de la comedia, apareció un personaje en figura de Cupido y en tanto que tañía una vihuela, cantó una hermosa copla que causó las maravillas de todos. Traía este Cupido un traje sobredorado y un casco con muchas plumas y flores y unas como alas en la espalda y hay que decir que tendría unos veintipocos años y que era muy hermoso y galán al decir de las mujeres que en la plaza estaban. Y mientras cantaba dio en mirar a donde mi madre estaba, y yo, aunque de corta edad, noté que esos mirares mucho la halagaban y supe que de estos dulces sonos y de estas miradas primorosas habrían de venir pronto algunos males. Terminada la copla arrojó el Cupido una flor de las que en el casco llevaba y vino a caer, en las manos de mi madre que, muy presto, la escondió entre su pecho.

Sólo sé que al día siguiente, mi madre no estaba. La buscamos toda la mañana, en el lavadero, en las eras, en los huertos, sin hallar seña alguna de ella. A la noche, mi padre, preparó unas gachas y después de llenar una escudilla, me miró muy sostenido y a fe que por un momento no sé si sentí más temor que pena. Después guardó silencio y ya casi nunca le oí decir nada, pues sólo unos pocos días después enfermó con unas muy altas fiebres y en menos de una semana entregó su alma a Dios, no sin antes maldecir a mi madre, lo que, no sin trabajo, el párroco consiguió “in extremis” hacerle confesar para su absolución. Y así, a la edad de seis años quedé sólo y sin amparo alguno, si no fuera el del párroco de San Martín que apiadado de mi poca edad y mi mala suerte me llevó hasta su casa.

Y éste párroco me ordenó que, a cambio, me aplicara en barrer los suelos, llenar las lámparas de aceite, y algunos otros quehaceres. Y al cabo de un tiempo, viendo mi buena disposición y obediencia me dejó ayudar en misa, y al poco, descubrió cómo un día, mientras bruñía unos candelabros, cantaba con muy buen tono una parte del Kyrie

que él entonara el día antes y sorprendido, me hizo cantarle muchas otras cosas y quedó muy satisfecho de mi voz y del gusto que ponía en el cantar.

Y así, pasé algunos meses, hasta que, trasladándose él a la ciudad de Salamanca dónde un tío suyo le legara una importante heredad, llevóme consigo y no pudiéndose ocupar de mí, me recomendó mucho a un canónigo del Cabildo de la Catedral para que se me admitiera como niño de coro en dicho templo. Al despedirse, habló conmigo y me dijo que era éste un gran favor que me hacía, pues acogido por el Cabildo como niño cantorito, habría de recibir bastante instrucción, aprendería a bien leer y escribir, sabría de la gramática y hasta algo de latines. Además con el Maestro de Capilla aprenderíamos la armonía y la solfa. ¿Qué más podía yo pedir, si Dios me había dotado de una voz tan hermosa y una habilidad fuera de lo normal para emplearla, que aplicarla en su servicio?

A la mañana siguiente fui presentado ante el Maestro de Capilla, éste me preguntó mis años y me hizo que le cantara alguna tonada. Después ordenó que me llevaran a las habitaciones dónde los demás dormían y me dieran una saya nueva y nuevas calzas y que a partir del día siguiente acudiera a la lección tanto de música como de las demás cosas.

Así comenzó mi vida en la Catedral. ¿No era acaso la Catedral ya casi como el cielo mismo? ¿No entraban luces de colores a través de las vidrieras? ¿No había siempre olor a flores, a incienso, a aceites perfumados? ¿Qué veían nuestros ojos sino mármoles y piedras hermosas, oros y pinturas excelsas? ¿Y acaso sería la música que allí sonaba muy distinta a la que entonarían los coros celestiales? Había voces de niños puras como el cristal y otras adultas de muy noble gravedad como si fueran voces de marfil o ébano y a ello se sumaba el sonido de arpas, bajones y chirimías y a todo uníase el órgano, la más grande máquina música que nunca viera, capaz ella sola de llenar el aire de sonos, de imitar trompetas, orlos, flautas...

La mayor parte de los cantores eran huérfanos o hijos de gentes muy humildes que no podían ocuparse de ellos. Todos tenían muy buenas voces. Los había grandes, que se daban mayor importancia y otros más chicos que les rendían respeto. Algunos bien se veía que habían cogido el gusto a la vida en la catedral y que de mayores harían por entrar en religión, otros, por más brutos o falsos o por su natural mas pícaro, se veía que en acabándoseles la niñez habrían de tomar otros caminos.

Y allí pasé algunos años, los más apacibles de mi vida, pues en ellos aprendí no solo del canto, de la armonía y de la compostura de la música, sino también a tañer algún instrumento como el bajoncillo y la chirimía en que alguno de los ministriles que apoyaba a las voces, viendo mi interés, me dio alguna lección, así como algo de vihuela, por mas que éste no fuera instrumento adecuado al servicio de la iglesia.

Mas, a la edad de trece años vino a acontecer un hecho que habría de poner fin a esos mis días de calma. Era rumor corriente, aunque rodeado de mucho misterio y del que siempre se hablaba en voz baja, que aquellos que destacaban por la pureza de su voz, podían a veces sufrir un cierto accidente por el cual conservaban esa voz cristalina y angelical de por vida, incluso la acrecentaban al hacerse mayores, so pena de perder

otras potencias, humanas al fin, pero eso sí, mucho más bajas y rastreras y en nada conducentes a la salvación del alma. Nunca dí mucho crédito a tales historias, pero sucedió que un día se me llamó a una sala pequeña, de ventanas enrejadas, cabe el claustro. Se encontraban allí dos de los canónigos y un hombre con aspecto de barbero o cirujano, o ambas dos cosas. Uno de ellos me preguntó si no querría yo pasar a ser como uno de esos serafines que en coro, en torno al Trono Celestial, habitan el Paraíso sin otro quehacer que alabar la grandeza del señor. No debieron de leer en mi rostro el entusiasmo, pues se apresuraron a cerrar de un golpe la puerta, mientras el barbero sacaba de su bolsón un fino escalpelo, algunos paños y preparaba una jofaina. No habiendo pues, ni puerta, ni ventana por la que escapar, corrí en torno a la sala, sin esperanza, como corriera un conejo en un corral sin salida, mas vi que por la chimenea, que estaba apagada, pues frisaba el mes mayo, cabía mi cuerpo, aún menudo y no hallando otro refugio allí me metí, y ya dentro, vi como a lo largo de la angostura por la que ascendía habían unos apoyos de hierro que habrían de servir para el desholline de la chimenea. Trepé como pude por el estrecho conducto, no sin mucha dificultad y salí hasta el tejado. Toda mi ropa, cara y manos habían quedado rasgadas y negras del hollín.

Desde allí salté sobre otro tejadillo y después alcancé las ramas de un grueso árbol por el que, aunque con mucho miedo, pude llegar hasta el suelo. Negro como estaba, la gente se apartaba de mi paso, pensando que por mi figura debía tratarse de una suerte de demoniejo quien así corría. Sin volver a tras la vista, casi sin aliento, lleguéme al confín de la ciudad, hacia los lavaderos y en las aguas del río puede al fin lavarme y quitarme algo de aquella negrura.

Asustado como estaba, determineme a no volver a la ciudad, sino que me fui aún sin saber a dónde, aventurándome por los caminos, ocultándome durante el día y caminando en las noches, que por entonces eran de luna .

Pasé algunos días muy malos, pidiendo por caridad, o cogiendo alguna fruta o lo que pudiera. Así viví algunas semanas, lloroso, muy triste, muy sólo y sin esperanza.

Mas hubo un día en que sentado al borde del camino real vi que se alzaba una nube de polvo. Pensé que serían arrieros pues llevaban algunas mulas muy cargadas y ya me aprestaba a pedirle cualquier mendrugo, mas, al acercarse la comitiva, advertí que se trataba de una extraña escuadra de gentes, quizás de comediantes, no muy distinta a aquella que en su día pasara por mi pueblo y que diera lugar a tantas mudanzas en mi vida...

Iban algunas mulas cargadas de aparejos varios: la cabeza de un dragón de madera y cartón, unas alas como de ángel, escudos y lanzas, una grande esfera que simulaba el mundo, telones y muchos otros bultos. Extrañáronse de verme tan sólo y menudo en mitad de aquel camino y me dijeron si quería subir en uno de los dos carros que consigo llevaban. Diéronme agua y un trozo de pan seco que muy bien me supo. Guardé silencio las primeras horas, pero luego dí en preguntar si eran cómicos, y que a donde iban y que para qué llevaban aquellas alas y aquella cabeza de dragón.



Crecemos  
contigo



Debieron caerles en gracia mis preguntas y una muchacha de rizos muy negros que en el carro iba, me contó que no eran ellos compañía de baja condición de los llamados ñaques o gangarillas sino que eran farándula o compañía y que no montaban su tablado en cualquier villorrio, sino sólo en villas donde se les reconociera su arte merecidamente, llevaban comedias, dramas, églogas, autos sacramentales de los mejores autores y trabajaban con licencia real. Se dirigían ahora hacia Toledo donde con motivo de la celebración del Corpus. Había allí ocasión para representar un misterio o auto sacramental llamado “Farsa de los Yerro de Adán” en que se contaba una historia que yo como niño no habría aún de entender, en la que se decían muchas razones sabias entre el Adán como primero hombre y muchas figuras a modo de alegorías como el Trabajo, la Fe, la Misericordia, el Libre Albedrío, el Error, el Deseo del Mundo... Y contóme que en los carros no solo iban los actores sino también las ropas de todos ellos y los atributos necesarios para la representación. Llevaban también los libros y pliegos así como los instrumentos músicos, pues en estos dramas grandes no ha de faltar nunca la música que entretiene al vulgo y hace mas llevaderos los discursos y así, entre tanto personaje de postín era conveniente siempre que aparecieran otros en figura de pastores o de querubines que endulzaran con sus cantos las escenas y dieran tiempo a los otros a cambiar de trajes o atributos.

Mucho me maravilló todo aquello. En las noches siguientes veíales como tras la cena, repetían algunos de sus papeles hasta saberlos de memoria, y componían los gestos y las actitudes y así el que había de representar a la Sabiduría, hombre de natural risueño, de gran barriga, amigo del vino y de las chanzas y a la sazón capitán de aquella compañía, adquiría un aire grave y de mucha majestad cuando su papel representaba y lo mismo se puede decir de la Misericordia, moza liviana, desenvuelta y de tan generoso pecho que atraía todas las miradas, pero que tornábase de tal modo al encarnar su papel, que ya nadie la mirara sino como a una santa.

Al principio callé sobre cuanto me había acontecido y de mi huida de la catedral, por miedo a que allí me devolvieran. Como casi no hablaba y era tan menudo y desmedrado, dieron en llamarme Polluelo. Y así,- Polluelo por aquí, Polluelo por acullá, Polluelo alcánzame la candela, Polluelo átame esta cinta.- fui haciéndome como uno más, que creo que con los días íbanme tomando algún cariño.

Y así llegamos a Toledo. Y en una plaza muy señalada que llaman de Zocodover se montó el estrado y se colgaron telones, estandartes y penachos y allí se representó el auto sacramental hasta tres días. Mas primero, se representó en el palacio del Arzobispo, en una muy grande sala. Yo entré como uno más de la compañía, con promesa hecha de guardar silencio y compostura y mucho me maravilló lo que allí vi. Se debatía Adán, como hombre primero, entre las tentaciones del mundo, dejábase casi seducir por el Error, o caer en las trampas de la Ignorancia, o arrastrar por el Deseo, que le prometía los más grandes placeres, mas presentábanse puntualmente la Caridad o la Fe, o en última instancia la Misericordia y sacábanle de aquel embrollo. Cantábase alguna copla o villancico, aparecían unos querubines sobre una nube y otras muchas maravillas.

Mucho gustó la representación al Arzobispo y premió al Maestro con una buena bolsa de maravedíes. También las representaciones en la plaza a todos pluguieron y el municipio pagó muy generoso a la compañía.

Nada había dicho hasta entonces de mi saber musical, mas tras la noche de la última representación, durante la cena, que hacía cada uno aún vestido con las mismas ropas de la farsa y donde bien corría el vino, dije que mucho me gustaría ser uno más de entre ellos, aún el más humilde y aprender este su oficio de comediante.. – “¿Y qué sabes tú del arte de Talía?! -me preguntó la Caridad. - “¿Sabes acaso leer en un pliego?”- continuó el Libre Albedrío, masticando una presa de carne. “¿No sabes, rapaz Polluelo, que además de buena memoria y entendimiento se ha de saber cantar y bien decir el verso?” - añadió la Misericordia, mientras llenaba su copa. Y yo, que supe entonces que había de dejar atrás toda timidez, dije que sí, que sabía leer y aún cantar en cualquier tono y sin más, les canté con todo el esmero que pude el estribillo de una de las coplas de la Farsa, que de haberla oído varias veces había ya fijado en mi memoria y que comenzara así: “*Oh qué linda es la Esperanza que lo que anhelo bien me alcanza...*” Y tal cuidado y fineza puse en cantarlo que todos me escucharon en gran silencio y al acabar me preguntaron de donde sacaba yo esa facilidad y le conté toda la historia mía. “*!Si en lugar de un polluelo llevábamos un mirlo!*” – exclamó la Prudencia, algo entrada en años, que se había ya trasegado unos buenos vasos de vino y cuya túnica dejaba casi al descubiertos sus hombros. Trajéronme papeles en solfa y vieron que muy bien podía yo entonarlos y prestándome una vihuela, vieron que no me faltaba alguna maestría en su manejo, pues toque unos tientos y una pavana muy acordada que todos aplaudieron.

Entonces díjome el Maestro, apartando de su cabeza unos como rayos de latón que representaban la Sabiduría, y poniendo su mano sobre mi hombro: “*hijo mío, ya eres de los nuestros*”.

Comenzó entonces la que recuerdo como más feliz parte de mi vida. Pues si en un tiempo amé la luz y la belleza de la catedral, mucho más gusté de la vida errabunda del comediante, del viajar por los caminos, del conocer de pueblos y villas, del aprender del oficio nuevo... Verdad es que, a veces, las calzadas se anegaban de barro, que las lluvias nos empapaban, que el sol inclemente nos castigaba y que no todos por los caminos nos miraban con buenos ojos, pero siempre sentí que no había vida más libre y más sin cuidado que aquella que llevábamos.

Representábamos, las más de las veces, comedias y églogas pastoriles u otras de más altos vuelos, o improvisábamos farsas con cuatro argumentos mal hilados. Todo dependía del lugar en que paráramos y del pago que se nos dispensara. Si era lugar principal, nos hacíamos más valer y montábamos alguna pieza de autor, de Juan de la Encina, o de Lope de Rueda; si la plaza era humilde, nos acomodábamos a lo que fuera. Yo fui pasando de papeles menores, a otros de más enjundia, si había ocasión de cantar, cantaba, si había que tocar el bajón o la chirimía, lo hacía presto.

Además, el tiempo siguió su curso, pasaron dos veranos y empecé a dejar de ser tan desmedrado y ya no me llamaban Polluelo, sino por mi nombre, Andrés, y siendo la gente de la comedia más liberal que el común, un día aconteció lo que de un modo u otro había de suceder y fue que, habiendo ido por agua hasta la fuente más cercana del lugar en que acampáramos, encontré allí a una de las mozas de la compañía, algo mayor que yo, muy reidora y alegre y comenzó a hacerme alguna chanza sobre lo esmerado con que

tocaba la chirimía y lo bien que tañía la vihuela y díjome que si como eso, tocara otras cosas, no habría de tener precio como varón. Preguntándole a que cosas se refería, vino hacia mí, hasta muy cerca y de lo que allí aconteció no diré más, pero supe entonces que aquella argucia que tuviera tiempo atrás, de subir por la angosta negrura de la chimenea escapando del barbero y los canónigos, fue, con mucho, la mas acertada decisión que en mi vida haya jamás tomado y desde entonces, en este pensamiento me ratifiqué muchas mas veces a lo largo de mi vida. Y si la vida que llevaba ya mucho me gustaba, con estas novedades que ahora he referido, más aún me afirmé en querer seguir en la compañía y dedicarme a este oficio, que algunos menosprecian y que otros llaman arte.

Amé bien el trabajo de comediante. Es cosa extraña el ser, en uno sólo, varios. Habitan en el alma del actor, el soldado, el rey, el traidor, el gracioso, el gentilhombre, el villano... Se esconden en la propia garganta, voces engoladas, zalameras, nobles, lastimosas, astutas... Hay en el comediante muchas vidas distintas y puede decirse que, siendo un hombre sólo, hay en él varias almas o vidas varias.

A veces, actuábamos en patios o corrales de comedia, otras veces, en plazas o cosos, y otras, por más que fuéramos farándula o compañía de importancia, en cualquier aldea o lugarejo donde nos dieran albergue y comida. También visitamos casas y palacios y llegamos hasta a representar una comedia, casi toda ella cantada, delante de los Duques de Osuna y de muchos invitados de gran linaje. En aquella representación, aunque entonces niño, se encontraba Vuestra Merced y nos miraba con ojos atentos y pese su la corta edad dio señas de entender muy bien todo lo representado. Y en la ovación, durante el Baile y Tonada final, nos arrojó, muy airoso, su bonetillo, que voló hasta el escenario como un pájaro.

Anduvimos así muchos años. Algunos de más gloria y otros de más penuria, mas, siempre amé este oficio y siempre, cualquiera que fuera el público, al recibir su aplauso y ovación, sentía yo, lo que debe sentir la tierra cuando la lluvia la riega después de una muy larga sequedad.

Y así fue que, en una representación que tuvimos en la ciudad de Valladolid concurríamos dos compañías y por más atraer al público a uno u otro de los patios de comedia en que estábamos, ambas dos salimos a las calles a hacer parada y desfile con nuestras mejores galas. Encabezaban la nuestra dos amazonas muy bizarras que atraían las miradas de todos, la de los negros rizos y la reidora, que para entonces, caprichosa como era, habíase ya encaprichado de otro comediante... Tras ellas, la cabeza del dragón, llevada entre varios que, cubiertos por telones, se movían a modo de sierpe. A los lados, tocando chirimías y atambores cuatro de los nuestros y detrás, con nuestras mejores galas el resto de la compañía. Así llegamos a una plaza amplia y con la música de las chirimías y al son del adufe y sonajas, bailamos una airosa gallarda.

Al poco, oímos ruido de atabales y trompetería y era esto, que llegaba del otro lado la otra compañía en ordenada procesión. Eran más que nosotros, traían unos como pajes muy bien vestidos portando unas banderolas y un carro muy bien aderezado y sobre él dos muchachas con unas túnicas blancas que arrojaban pétalos entre el gentío y sentados tras ellas y vestidos a guisa de reyes un hombre y una dama en muy gran dignidad.

Y cual no sería mi sorpresa al advertir en la dama que de reina iba vestida, algunos rasgos que no me eran del todo ajenos. Cesaron trompetas, chirimías, tambores, sonajas y voces y por un momento se hizo el silencio. De nuestro lado, comenzó a sonar una vihuela tocando un aire de folía y a ella se sumó, del otro, un arpa y un laúd, haciéndole el contrapunto. Se añadieron las chirimías y comenzaron las cajas y panderos a marcar el ritmo.

Y entre ambas compañías se comenzó a bailar la más animada folía que en Valladolid se conociera nunca, ni aún en toda Castilla. Bailaban, no sólo los comediantes, sino también los villanos, tenderos, labradores que en la plaza ofrecían sus productos y hasta gente principal que por allí paseaba y hay quien dice que vio dar algunos pasos a algún clérigo que cruzaba la plaza.

Y al acercarme en la danza, al carro donde se encontraban los que andaban en guisa de reyes, vi ya sin duda, que la que de reina iba vestida no era otra que mi madre. Y que aunque los años habían dejado en ella su huella, seguía siendo hermosa, sólo que había en ella alguna sombra como de triste desencanto. Ella también me distinguió y me miró acercarme desde lejos, sin sorpresa, como si siempre hubiera sabido que su hijo Andrés había de venir sin falta en aquel punto y hora.

Creo que era tanto lo que podíamos habernos dicho, que preferimos nada decir. ¿Acaso no había partido ella una noche sin nada decir, sin mirar qué dejaba atrás? Mas de otra parte, ¿no era aquella vida suya, errante y libre, la que yo había elegido para mí mismo. ¿No era mi gusto por la música y el arte de la farándula heredados de su propia sangre?

Nos miramos fijamente durante unos instantes, cesó la música y cada comitiva siguió su recorrido en direcciones opuestas. Sin duda su compañía era mejor y más amplia, que la nuestra, pero tampoco dimos mala impresión pues ambos corrales de comedias se llenaron en los días que allí estuvimos y en los que yo anduve solo, triste y pensativo, sin saber cómo obrar y sin nada al cabo, hacer.

Nunca más tuve ocasión de ver a mi madre, pues no es fácil que dos compañías grandes coincidan en una misma villa, pues a dónde está la una, no suele haber lugar para la otra. Supe que tiempo más tarde, varios de sus integrantes pasaran a Nápoles donde en la corte de Virrey apreciaban mucho las comedias españolas y donde hay tanto gusto por el arte y la música. Quizás con ellos pasara también mi madre, que tanto destacaba en el arte canoro. Nunca pude saber más.

Y así siguió mi vida. Durante algunos años permaneció fuerte la compañía, hasta que al fin, como a menudo sucede, terminó por separarse. Pude unirme a otra y de aquella a otra más. Y con el tiempo, pasé como tantos cómicos, por todos los estados y edades: de representar en una comedia, a un joven, o a un galán, a hacer de padre o de viejo, de representar a la Fe o a la Voluntad en las farsas sacramentales a acomodarme mejor en el papel del Error o el Desengaño.

Cubriéronse de ceniza mis cabellos, doblaronseme poco a poco las espaldas, mi vista se fue agotando. No podía ya seguir en compañía alguna, ni en la mas modesta. Es triste el destino del comediante cuando la vejez le alcanza, pues no hay disfraz ni máscara que le ayude a escapar de ella.

Y así, hasta que en este tiempo, nada puedo ya representar sino mi misma pobre sombra... y anhelo sólo un rincón en que descansar y que conmigo descansen cuantos personajes en mi vida he encarnado y con mi boca he prestado voz.

Y a Vuestra merced, no fatigo más con este relato de mi vida, que en verdad, tan poca atención merece, esperando que, al menos, le haya servido de diversión de otros asuntos más graves. Si en su voluntad está el dar, bajo su manto protector, auxilio y caridad a este viejo comediante, Dios Poderoso se lo premie y si no, Señor, se lo perdone.

**Javier Alonso Lebrero**